Escribo esto para recordarme por qué empecé a transitar la senda del estudio (una vez más) en la universidad.

Sobre las ventajas del estudio se ha escrito mucho ya. Y sobre los objetivos propuestos por el sistema VANEDUC, son encomiables, pero no creo que sean exhaustivos, en todo caso, son indicativos. Creo que todo esto se trata, en otras palabras, de formar mejores personas. Lo sé: puedo estar equivocado, puedo haber captado mal el mensaje, pero al menos yo, cuando hablo con otros de ser mejores personas, me refiero (más que a objetivos) a valores. Hay valores que hablan de un intento (porque lo valioso radica en la búsqueda): la creatividad, el amor, la felicidad. Otros que implican (simplemente) hacer lo que sabemos es correcto.

Esto, inevitablemente, me obliga a preguntarme por qué quiero hacer una carrera universitaria. Porque de esa respuesta, puedo sacar en claro los valores que me motivan. ¿Lo hago por el dinero? ¿Por el reconocimiento? A fin de cuentas, ¿quién no quisiera cosas así? Y sí, quién no. Pero hay un algo extra, una motivación que encuentro en esta elección y que no encuentro en otra.

Lo hago por amor. Sí, amor. Una palabra tan bastardeada. ¿Cuántas veces hemos oído que se le llama amor a lo que definitivamente no lo es? Pero a lo largo del camino que he recorrido, he aprendido a reconocerlo. El amor a mi hija, una niñita de ojos oscuros e inteligentes. Lo hago para poder acompañar su intelecto un poco más de todo el trayecto que recorrerá.

Lo hago con esfuerzo. Sí, adeudándome horas de sueño, de esa película que quisiera ver, de esa canilla que gotea y para la cual nunca me hago el tiempo. Porque elijo. Elijo hacer un esfuerzo y optar por lo que creo de corazón es un bien mayor. Me sobrepongo a mí mismo, a la molestia inmediata buscando la recompensa mediata.

Lo hago con respeto. Recuerdo mis actitudes del pasado. Y recuerdo cuán estrepitosas fueron mis caídas ante aquellos de los que yo me creía más. Hasta que empecé a comprender. Y a respetar. A respetar el saber de otros. La función que cumplen. La experiencia que han acopiado. El aporte que hacen. A sentirme satisfecho cuando aprendí a colaborar con ellos y trabajar codo a codo en proyectos que yo nunca podría haber llevado a solo a buen puerto.

Lo hago agradeciendo. Agradeciendo el tiempo que dedica el profesor que enseña. El trabajo que permite costear los estudios. A la salud que la pandemia aún no escurrió entre los dedos. A un país que no busca la guerra. A una sociedad que aún respeta la educación y la honestidad, que no festeja las canalladas.

Lo hago por la inspiración de importar, tal vez trascender. Lo hago para que me necesiten tanto como yo he necesitado a otros que podían hacer lo que yo no. Lo hago preguntándome si consigo crecer día a día como yo quisiera.

No puedo ver la forma del futuro. Pero deseo que cuando llegue, esa misma motivación esté allí conmigo cuando ejerza, cuando me toque el momento de ser necesario, cuando sea tiempo de importar. En ese momento, que yo pueda ver que no he cambiado, que sigo siendo el mismo, pero mejor.